

3

Andrés Fornells

*Riqueza,
amor y muerte*

ACCÉSIT DEL III PREMIO WILKIE COLLINS
DE NOVELA NEGRA

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Andrés Fornells

De foto de portada © Sergei Figurnyi

De la edición © M.A.R. Editor

Enero 2014

[http:// www.mareditor.com](http://www.mareditor.com)

ISBN: 978-84-941489-8-9

Depósito legal: M-28004-2013

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Imprime: Cimapress

Impreso en España.

*Los hombres se destruyen con el hierro
y se compran con el oro.*

PAPINI

*Morir no es otra cosa
que cambiar de residencia.*

MARCO AURELIO

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con sucesos, situaciones o personajes reales, vivos o muertos, es pura coincidencia.

CAPÍTULO I

La mujer era joven. Los rasgos de su cara y muy especialmente sus ojos rasgados, revelaban que corría por sus venas sangre oriental. Tenía el pelo corto y prendido a los lados con dos horquillas de baja calidad. Era delgada, lisa de pecho y escurrida de nalgas. No llevaba puesto maquillaje alguno, vestía de negro y la única nota de color en su atuendo era un pañuelo rojo (color que los japoneses creen que atrae la buena suerte, la felicidad) alrededor de su cuello delgado. De su hombro derecho colgaba un bolso grande, también negro. En conjunto resultaba tan poco atractiva, que no llamaba en absoluto la atención. Su pasaporte estaba en regla. Superó sin dificultad el control de la aduana del aeropuerto de Orly. Después de recoger de las cintas transportadoras de equipajes una maleta de tamaño mediano, haciéndola rodar por el suelo se dirigió a la salida donde se encontró con la multitud de personas que aguardaba a los pasajeros del avión procedente de Ámsterdam, en el que ella acababa de llegar. Los que más se hacían notar entre los que esperaban eran los representantes de agencias de viajes y de alquiler de coches exponiendo bien visibles los letreros que llevaban escritos nombres de los clientes que debían recoger. La mujer del pañuelo rojo, con total inexpresividad reflejada en su enjuto y pálido rostro recorrió con la mirada a toda la gente que aguardaba y descubrió, de inmediato, situado en primera fila, a su primo, el hombre que debía contactar. Mentalmente lo llamó estúpido. Siempre tenía que dar muestras de su notoria excentricidad. En esta ocasión era el único de todos los

reunidos allí que llevaba un sombrero negro con una cinta roja y vestía un traje llamativamente amarillo. Ni el uno ni la otra realizaron gesto alguno que pudiera delatar que se conocían. Tal como le había sido ordenado, ella caminó directamente hacia los servicios, convencida de que su indiscreto pariente la estaba siguiendo. Tuvo la prudencia de no volver la cabeza para comprobarlo. La habían advertido que no debía realizar gesto alguno que pudiera levantar sospechas. La misión a ella encomendada era muy importante y no debía cometer el menor fallo. La organización a la que, por parentesco, tenía la suerte de pertenecer, pagaba muy bien, pero no perdonaba errores y era muy severa con quienes los cometían. Pendiente de ella por completo, su primo que caminaba a media docena de pasos por detrás, no se apercibió de la mujer hombruna, con abrigo oscuro y peluca negra al estilo paje, que avanzaba detrás de él manteniéndose todo el tiempo a corta distancia, sin mirar directamente a nadie, pero observando sus ojos claros, con la máxima atención, a cada persona que se cruzaba. Cuando la mujer oriental del pañuelo rojo alrededor de su cuello llegó a los servicios de señoras sintió muy cerca, a sus espaldas, la presencia y el mal aliento de su pariente y le dijo en japonés:

—Límpiate los dientes de vez en cuando, primo. Te apesta la boca.

—Tú siempre tan delicada, Aiko. Por eso no te aguanta nadie y a tus más de treinta años sigues soltera.

El primero de los cuartos de baño se hallaba vacío. Los dos se metieron dentro con la maleta y cerraron la puerta. No se hablaron más. Se limitaron a cumplir las instrucciones recibidas. Ella colocó su pie calzado con zapato bajo encima de la tapadera de la taza del váter, se subió la falda hasta la ingle, cogió

el elástico de sus bragas por la parte que rodeaba su flaco muslo elevado, tiró de él hacia un lado con una mano, con la otra mano cogió el cordelito que sobresalía de su afeitada vulva y realizando cierto esfuerzo, sacó del interior de su sexo, una tras otra seis bolas chinas que le entregó.

—Muy bien, —dijo él, mostrando en sus ojos una indiferencia total por la parte más íntima de la mujer.

Con una mano comenzó a abrir la puerta, mientras con la otra metía en un bolsillo de su chaqueta el objeto sexual que ella le había entregado. De pronto un zapato chocó con enorme violencia contra la puerta y antes de que él tuviera tiempo de realizar movimiento alguno de defensa, la corpulenta mujer de la melenita estilo paje le pegó dos tiros en la cabeza con una pistola provista de silenciador, la cual había sacado del bolsillo interior de su abrigo. La mujer del pañuelo rojo alrededor del cuello no tuvo tiempo de emitir sonido alguno porque los próximos dos proyectiles le hicieron otros tantos agujeros en su lívida frente. Y ya sin vida, cayó sobre el cuerpo de su primo, doblado encima de su maleta. El despiadado, inmutable asesino registró rápidamente al muerto, se hizo con las bolas chinas y caminó hacia la salida casi chocando con una mujer que acababa de entrar y de descubrir a las dos personas tumbadas dentro del servicio. Antes de que pudiera chillar, el criminal la liquidó también de dos disparos a la cabeza. La mujer se derrumbó reventándose la nariz y la boca al chocar de cara contra el suelo. A continuación, el homicida caminó directo hacia la puerta de salida más cercana. La estaba cruzando cuando llegó hasta sus oídos un estridente chillido femenino. Una mujer, en los servicios de señoras, acababa de descubrir los tres cadáveres. Una mueca de contrariedad torció la boca roja escarlata del hombre que iba

disfrazado de mujer. A pesar de exigirse no realizar nada que pudiera resultar sospechoso, el temor a que pudieran cogerlo le hizo acelerar sus pasos. Alcanzó el aparcamiento. Con toda la intención había dejado su vehículo en una plaza cercana a la salida. No esperó a recoger el cambio que la máquina automática le devolvía. Cada segundo tenía para él extraordinario valor. Con el tique en la mano abrió la puerta del coche, tomó asiento y arrancó mientras pensaba que por conseguir las monedas recién dejadas atrás, cuando era un niño siberiano sucio y famélico, habría arriesgado su vida. Introdujo la tarjeta en la ranura y la barrera se levantó. Había avanzado menos de cien metros por la calzada cuando escuchó las sirenas de la policía, y a los pocos segundos los vio venir a toda velocidad.

—¡Hijos de puta, la prisa que se dan siempre! —masculló entre dientes.

Desde su más tierna infancia experimentó exacerbado odio contra los representantes de la ley, a los que siempre consideró sus enemigos. Allí en su país, siendo todavía un crío, cuando lo pillaban robando algún producto alimenticio para quitarse el hambre, recibía de los agentes de policía insultos y palizas brutales. Los dos coches policiales pasaron por su lado izquierdo como exhalaciones. Él mantuvo una velocidad moderada. Por el espejo retrovisor les vio detenerse delante de una de las numerosas puertas de entrada al enorme edificio del aeropuerto, y de pronto, instintivamente, pisó el acelerador y en dos segundos su magnífico coche deportivo se puso a ciento cincuenta y, otro par de segundos más tarde, a doscientos. Llevaba recorridos unos quince kilómetros cuando aminoró la marcha y se metió por una desviación que llevaba a uno de los numerosos pueblos que hay alrededor de París. Se metió por un camino de tierra y se

detuvo delante de unos cañaverales. Comprobó que no había nadie cerca y, a toda prisa se quitó el abrigo de mujer y la falda, tras colocar dentro de la guantera su pistola con silenciador. Debajo llevaba un jersey y unos pantalones de hombre arregados hasta las pantorrillas. Les quitó a los pantalones las dobleces, se cambió los zapatos de mujer por otros suyos que tenía ocultos debajo del asiento y acto seguido libró su cabeza de la peluca negra y apareció su propio cabello rubio, corto. Finalmente, un extremo del vestido lo mojó con agua sacada de una botellita de plástico y se restregó el tejido empapado por todo el rostro librándose del maquillaje de sus mejillas y del carmín de sus labios. Cuando vio en el espejo retrovisor su rostro libre de afeites, suspiró como si acabara de librarse de una pesadilla.

—Bueno, ya vuelvo a ser yo —dijo a su enrojecido rostro reflejado en el pequeño espejo.

Se sentía muy satisfecho de su actuación. Había sido la primera vez que para cumplir un encargo se disfrazaba de mujer, no sin antes haber mantenido una dura discusión con su jefe, por considerarlo algo ridículo y humillante para él. Tuvo que dar su brazo a torcer al recibir de parte del capo la seria amenaza de que iba a echarlo de su grupo, que era lo mismo que sentenciarlo a muerte. Hurgó en el bolsillo del abrigo y sacó de su interior las bolas chinas cuyo peso evidenciaba que dentro llevaban algo sólido, pesado. No tenía ni idea de lo que contenían pero sería muy valioso cuando su jefe le había ordenado conseguir las matando a su portadora y a todo el que le conviniera. Intrigado, se preguntó qué contendrían las bolas de plástico amarillo. Descartó que fuera oro. No contenían la cantidad suficiente para que mereciese la pena arriesgar tanto por conseguir las. ¿Qué

era más valioso que el oro y que abultase poco? Encontró la respuesta inmediatamente: piedras preciosas. Sintió un latigazo de codicia. ¿Y si escapaba con aquellas bolas que seguramente encerraban una fortuna y vivía como un potentado el resto de su vida? Por unos instantes tuvo la fascinante visión de una playa tropical llena de mujeres hermosas, hoteles de lujo, restaurantes caros, coches de alta gama y él viviendo allí como un rajá. Miró hacia el denso cañaveral al lado del que se encontraba. Podía esconder allí dentro las ropas femeninas, regresar al aeropuerto y coger el primer avión con destino a uno de esos paraísos que se ofrecen a quienes tienen dinero suficiente para poder disfrutarlos. Sus manos tentaron de nuevo las bolas. El plástico con el que habían sido fabricadas era suave y duro. Se llevó los dedos de la mano a la nariz y pensando en la fealdad de la mujer oriental cuyo rostro había visto el fugaz segundo que tardó en dispararle, murmuró con desprecio, que no asco, pues en sus tiempos de pobreza habían pasado por su boca de gigo-
ló montones de ellos, tantos que le sería imposible contarlos:

—Huele a chocho sucio.

Luchó durante unos pocos minutos con la tentación, pero ésta no llegó a ser lo suficientemente poderosa para vencer el miedo que le tenía a Vladimir Marshenko. El mismo miedo que le tenían todos sus hombres por las extremadas muestras de crueldad que había dado cortando los testículos de un par de traidores y metiéndoselos dentro de la boca mientras dejaba que se desangraran hasta morir, tras una larga y dolorosísima agonía. Y mientras sus víctimas morían, Vladimir advirtió a sus hombres, a los que había obligado a presenciarlo:

—Observad bien lo que les hago a quienes me abandonan o traicionan. Y otra cosa más, por lejos que se vaya quien me haya

traicionado, alguien pagado por mí lo encontrará y le cortará los cojones como yo acabo de cortárselos a éste.

Finalmente la codicia del falso travestido fue derrotada por el miedo. Soltó un soplido, sacó el móvil de la funda sujeta a su cinturón y marcó un número. Enseguida le llegó la áspera y recia voz de Vladimir:

—Ha ido todo bien, supongo.

—Sí, tengo las bolas. Tuve que matar a tres personas.

—Bien. Podían haber sido más —escalofriantemente cruel la voz de su jefe.

—¿Vienes ya para aquí supongo?

Si desconfiaba de él, no lo demostró.

—Acabo de quitarme el disfraz y la porquería de la cara y regreso a la autopista.

—Bien, Serguéi.

La comunicación quedó cortada. Esta breve conversación había causado inevitable desasosiego en el asesino.

—Ese hijo de puta me pone malo —murmuro—. Me daría gusto matarle.

Quizás algún día llegará a hacerlo. Un día que lo dominase el impulso de jugárselo todo a una carta. Como aquella vez que, siendo todavía un crío, le abrió la cabeza con una gran piedra al verdugo que lo violó en el correccional de menores. Cuando hallaron su cadáver sometieron a todos los muchachos internados a un sinfín de inquisidoras preguntas. Ninguno de los chicos habló, su crimen quedó impune y todos ellos se vieron libres de aquel asqueroso cabrón. Cerró la ventanilla para evitar que se metiera dentro del vehículo una avispa que revoloteaba cerca, y acto seguido realizó la maniobra que le permitió regresar a la carretera principal. Puso la radio y lo primero que escuchó, tras

un anuncio publicitario, fue la noticia de las tres muertes que algunos minutos antes habían tenido lugar en el aeropuerto. De momento la única información suministrada por la policía era que habían sido muertos por disparos de pistola. Dos de las víctimas, según los documentos que llevaban encima, eran de nacionalidad japonesa, y la tercera de nacionalidad francesa. Se estaba intentando contactar con sus familias. El hombre rubio que les había quitado la vida esbozó una mueca cruel y murmuró:

—Murieron los tres de la mejor manera posible. Sin darse cuenta y sin sufrir. Deberían agradecermelo.

Y soltó una carcajada seca, perversa. Se arrimó mucho a la cuneta para facilitarle el paso a la ambulancia que venía a toda velocidad con su estridente sirena sonando a tope.

CAPÍTULO II

Dulci apagó con el mando a distancia su magnífico televisor colocado encima de un mueble de estilo rococó. Un hondo suspiro, que evidenció la desazón que lo embargaba, hinchó sus falsos pechos de silicona. El tiempo, con su inexorable caminar había llegado a la hora de comenzar a arreglarse. Entró en su dormitorio donde todo era rosa, su color preferido. Rosas las paredes, los muebles y hasta las alfombras. Corrió a los lados las cortinas y la claridad del sol, cercano ya a su ocaso, iluminó la estancia. Tomó asiento delante de su tocador donde realizó algunos mohines que él consideraba coquetos y seductores. El rostro de Dulci era tan hermoso, tan femenino en apariencia, que quienes ignoraban su verdadero sexo lo creían una deslumbrante mujer. Ensayó una sonrisa seductora. Un par de años atrás, cuando su hermana y él aún vivían juntos, él había estado a punto de engordarse los labios artificialmente. Ella se lo desaconsejó.

—No seas tonto, Daniel. No quieras ser uno de esos que parecen tener dos salchichas en lugar de labios. Tú ya los tienes bastante carnosos de por sí.

Con el tiempo, tras haber visto muchas bocas estropeadas por cirujanos de estética, Dulci había reconocido lo acertado de haberle hecho caso. Echaba mucho de menos a su hermana. Vivían ahora en países diferentes y a base de frecuentes llamadas telefónicas mantenían vivos el cariño y la confianza que siempre se habían tenido. Dulci empezó a maquillarse. Este arte no tenía secretos para él. Sabía cómo hacer resaltar lo mejor

de sus facciones y disimular lo peor, unos pómulos demasiado elevados para su gusto. Desde muy niño se adueñaron de él la vanidad y el narcisismo. Ya entonces, delante del espejo del cuarto de baño pasaba infinidad de tiempo admirando la belleza de sus facciones, y la gracia de sus gestos y ademanes, con lo que desesperaba a los otros miembros de su familia que necesitaban ir al servicio. Dulci distribuyó, con el delicado y suavísimo pincel, colorete por sus mejillas procurándoles un rosado con brillo de porcelana. Después se ocupó de ensombrecer los párpados para realzar sus grandes ojos dorados, aplicar rímel a sus largas pestañas con el que adquirieron volumen, y un carmín muy rojo a sus sensuales labios. Su pelo, que llevaba largo hasta los hombros, era negrísimo, sedoso y brillante.

Antes del almuerzo, Ivette, su peluquera favorita, se lo había lavado, secado y perfumado. La tenía un sincero afecto a la cándida, feílla y crédula Ivette, a la que todos los novios que le salían engañaban sacándole dinero con mil artimañas en las que ella caía una y otra vez. Dinero que nunca más volvía a ver y tampoco al desaprensivo, aprovechado y falso pretendiente.

—¡Ojalá me gustaran las mujeres! —se exasperaba Ivette—. Nosotras somos mucho más honestas y nobles que los hombres, pero no tenemos nada entre las piernas. Un imperdonable error de la naturaleza.

—Yo si tengo algo entre las piernas, Ivette, y de buen tamaño —reía él.

—A ver si me lo das a probar algún día, Dulci.

Bromeaban. No existía entre ellos la más mínima atracción física ni deseo de convertir su sana amistad en algo que sólo serviría para estropearla. Terminado de embellecer su rostro,

Dulci se quitó la fina bata de seda que llevaba puesta y se contempló desnudo delante de la ya iluminada superficie azogada.

—¡Dios qué buena estás, Dulci! —exclamó encontrando placer en acariciarse con ambas manos los senos, la cintura estrecha, las caderas bien curvadas y los muslos pasando por alto lo que le abultaba entre ellos. No le apetecía en aquellos momentos provocarse una eyaculación.

Una fortuna le había costado en operaciones pasar de varón poco musculado, a hembra seductora, bellísima. La agresiva posesión masculina la mantenía aún sin tocar. Había visto en vídeo un par de operaciones de cambio de sexo y quedado horrorizado. No poseía el valor suficiente para enfrentarse a tan extraordinaria experiencia. A muchos clientes suyos les incrementaba el morbo el contraste que formaba su cuerpo maravillosamente femenino con un buen falo. Evitó tocárselo aunque la repentina excitación se lo estaba engordando.

—Soy el travesti más hermoso del mundo entero —se elogió convencido—. Hombres muy machos me desean y por mí pierden sus más firmes convicciones machistas. Como ese richón que tengo bailando encima de la falange de mi dedo chico. Han transcurrido dos semanas desde la última vez que le pedí dinero y ya va siendo hora de que le pida otros cincuenta mil euros. Para él son calderilla y para mí una pequeña fortuna. Sin embargo, el tío cabrón se enfadará muchísimo. Que se enfade lo que quiera. Tendrá dos trabajos: enfadarse y desenfadarse. ¡A la caca con él! —soltó una risita con falsete—. Si mamá y papá vieran el lujo en que vivo ahora y el dinero que tengo ahorrado, les daría algo. Sobre todo a papá, tan puritano, tan estricto, tan serio... tan aburrido. Mamá, por el contrario, era dulce, delicada y tierna. Yo la adoraba. Y mi hermana lo mismo. Casi morimos

de pena cuando nos comunicaron que ella y papá habían muerto al chocar su utilitario contra un camión. Maldita sea, no debo pensar en esto ahora. Se me van a llenar los ojos de lágrimas y estropearé el rímel. Necesito un güisqui. Para subirme el ánimo es mejor que cualquier estimulante. A la coca la he cogido miedo desde que Susete murió a consecuencia de una dosis adulterada. Es un engaño eso de que no crea dependencia porque llevo ya tres meses sin probarla y el cabrón de mi cuerpo a menudo me la sigue pidiendo con acuciante insistencia, exasperándome. Pero resistiré. Mi voluntad es fuerte.

Dulci se dirigió al mueble-bar, una de sus últimas adquisiciones. Era de madera maciza con bellísimas tallas de flores y pájaros realizadas por artistas mexicanos. Sacó hielo de la pequeña nevera y metió varios cubitos en un valioso vaso diseñado por René Lalique. Cogió la botella de Chivas-Regal con más de veinte años de antigüedad, un artículo caro para personas pudientes de muy buen gusto, y escanció una pequeña cantidad dentro del vaso.

—Para personas podridas de dinero como yo —coronó esta afirmación con una estentórea carcajada.

Movió el vaso de manera que girara el hielo y enfriara el líquido. Dio un pequeño sorbo, paladeándolo. Las cosas buenas que ahora estaban a su alcance, las gozaba al máximo. El cristal azogado de detrás de los anaqueles capturó su imagen.

—¡Dios, pero que hermosa soy! —exclamó de nuevo.

Sentía calor. Antes de regresar al tocador bajó la potencia al aparato de calefacción. Tenía encima del precioso mueble seis pelucas en fila. Dos rubias con el pelo largo una, y corto la otra; dos negras y dos pelirrojas de parecidos tamaños y le surgió la tentación de desestimar el hecho de haber estado en la

peluquería, ponerse una de ellas y cambiar su aspecto natural. Pensó en el hombre que la había citado en un lujoso hotel. Se trataba de un rico industrial bastante mayor, quien ya había requerido sus servicios otras veces. Era una persona aburrida, depravada y metódica a la que complacía sobremanera la escatología. En su último encuentro, una semana atrás, se había presentado de rubia y él la había encontrado cierto parecido con Marilyn Monroe. Lo complacería de nuevo. Él le había dicho que se llamaba Ernesto. Seguro que era un nombre falso. En su vida normal debía ser alguien importante, posiblemente persona de muy buenas costumbres, misa y confesión semanal, ejemplar esposo y padre de familia que con su reprimida señora no podía consumir todas las guarrerías y fantasías que practicaba con él, algunas de ellas aberrantes y asquerosas en extremo. Pero a Dulci, considerando el precio que le cobraba por ello, le merecía la pena soportarlas. Y ya con la sedosa peluca rubia puesta, abrió su armario. Dentro de él colgaban más de cincuenta vestidos; dieciocho de ellos los tenía arrinconados a partir de un ancho cinturón negro, porque estaba casi seguro que no volvería a ponérselos más. Pero eran tan bonitos y caros, que no se decidía a regalarlos. A la única persona que se los habría obsequiado con agrado habría sido a su hermana, pero ella con el gusto tan severo que tenía, por nada del mundo habría salido tan llamativa a la calle. Parecía increíble que de los mismos padres hubieran salido dos hijos tan diferentes. Disparidades de la genética. Sin embargo, a pesar de los diferentes que eran, su hermana nunca se había mostrado intolerante con sus preferencias sexuales ni con la especial existencia que llevaba, aunque en el fondo la desaprobaba. Lo mucho que la echaba de menos, se lo decía a menudo cuando hablaban por teléfono. Pero ella

estaba muy contenta con el trabajo que realizaba en Moscú, trabajo muy acorde con su carácter aguerrido. Ella no conocía el miedo, y a partir de los diez años comenzó a aprender artes marciales en las que demostró tanto coraje y competitividad que de forma vertiginosa fue subiendo de categoría hasta que, conseguido su primer dan en karate, se pasó de alumna a profesora. Aunque era dos años más joven que él, en el colegio al que asistían ambos, ella lo defendía de los matones que, por sus maneras afeminadas, se metían con él. A veces ella conseguía horrorizarlo con su valentía y brutalidad. No le importaba romper narices o bocas con aquellas veloces y certeras patadas que ya daba antes de asistir a ningún gimnasio, entrenándose sola con un saco lleno de ropa vieja, que su padre le había colgado del techo del cuartito del lavadero. Su hermana no hacía caso alguno de los chicos que intentaban tontear con ella, y por eso algunos, a sus espaldas, la tildaban de lesbiana, cuando lo cierto era que los despreciaba porque física y mentalmente los consideraba sus inferiores. Las pocas amigas con que contaba en esa época opinaban que no se casaría nunca, y ella les daba la razón.

—Tendría que encontrar un hombre que valiera más que yo y por esa razón yo lo admirase, algo que dudo ocurra. Cada vez hay más afeminados y menos hombres de verdad. Y por otra parte estoy segura de que no existe en mí ese sentimiento especial innato en algunas mujeres que las hace sentir la imperiosa necesidad de la maternidad.

Dulci finalmente se decidió por un precioso vestido de lamé azul. Un vestido que se ajustaba perfectamente a su curvilíneo cuerpo. Con las manos abiertas lo recorrió convertido ya en una segunda piel suya. Antes de tomar la decisión de marcharse, se

observó varias veces más en el gran espejo del armario, desde diferentes ángulos, haciendo posturitas y mandándose besos. Por fin cogió su bolso y las llaves que tenía la costumbre de colocar a su lado. La entrada al piso estaba protegida por una puerta blindada con tres cerraduras de seguridad. Dulci les tenía pánico a los ladrones porque con el tiempo había conseguido reunir en su casa un buen número de objetos que consideraba valiosos. En el garaje del edificio se hallaba aparcado su Mercedes de segunda mano, pintado de rosa como no podía ser de otra manera considerando la preferencia que él tenía por este color. Ya subido en su automóvil elevó con el mando a distancia la puerta metálica y salió por ella. Condujo a velocidad muy moderada. El tráfico por el centro de París era agobiante y el excesivo número de semáforos quitaba toda posibilidad de fluidez al nutrido número de vehículos que circulan a cualquier hora del día. El bello rostro del travestido mantuvo todo el tiempo una mueca de fastidio. Odiaba la continua tensión que le significaba conducir, pues además de tener que estar pendiente de los coches que marchaban delante del suyo, debía estarlo asimismo de los temerarios viandantes que de improviso podía ocurrírseles abandonar la acera y cruzar la calzada poniendo en peligro su vida y provocar de paso la ruina que le significaría a cualquier conductor atropellarlos. Dulci llegó a su destino, el aparcamiento del lujoso hotel, con diez minutos de antelación. Los aprovechó para fumarse con tranquilidad un *canuto* sentado dentro de su automóvil. El hachís le sentaba bien, reforzaba su tolerancia, adormecía sus escrúpulos, su asco incluso. En esta ocasión se estaba mentalizando para lo peor. No entendía, con todo lo que llevaba experimentado ya, que en ciertas ocasiones el mecanismo de la náusea le funcionara todavía. El tipo que lo

estaba esperando era un guarro repugnante que disfrutaba con que le hiciera el beso negro, con bañarle la cara de orina, sembrarle de excrementos los senos y otro par de asquerosidades más. Dulci apagó el cigarrillo cuando la colilla casi le quemaba los dedos y a continuación, tras cerrar su coche se dirigió hacia la entrada del hotel. El portero le abrió la gran puerta acristalada dirigiéndole una mirada de admiración. También recibió muestras apreciativas de algunos clientes del lujoso establecimiento que se hallaban en el hall, y de los recepcionistas a los que dedicó un guiño cómplice. Estos empleados sabían a lo que él iba allí y cuál era su verdadero sexo, pero hacían la vista gorda porque una vez realizado el *servicio* Dulci siempre les dejaba una generosa propina. En ocasiones, estos asalariados incluso le procuraban clientes.

—Hasta luego, guapísimos.

—Hasta luego, preciosa.

Con sinuosos y provocadores movimientos de caderas Dulci se dirigió a los ascensores. El exhibicionismo era otra de sus debilidades. Le encantaba llamar la atención, atraer miradas, figurarse lo que podían estar pensando de él quienes lo observaban con lujurioso interés. El ascensorista lo recibió con una sonrisa al tiempo que aspiraba el exótico perfume que desprendía.

—Estás guapísima y hueles que ni los ángeles —dijo el jovenzuelo con ínfulas de conquistador.

—No me provoques, que te violo aquí mismo en el ascensor, mocito imberbe.

—Capaz serías —siguiéndole la broma.

—Seguro que luego te la meneas a mi salud, vicioso —al abandonar Dulci el artilugio mecánico y a su empleado.

—Eso sin duda alguna. Tengo dos manos muy hábiles.

El travestido siguió pasillo adelante, riéndose por lo bajo.